



Boletín Oficial

DEL

Obispado de Osma

Año LXIV. 14 DE AGOSTO DE 1923. Núm. ~~XV~~

XIII

SUMARIO: Encíclica de Su Santidad en el VII Centenario de la Canonización de Santo Tomás de Aquino.—Conferencias Morales y Litúrgicas.—Necrología.

CARTA ENCICLICA

DE NUESTRO SANTISIMO SEÑOR

PIO XI PAPA

POR LA DIVINA PROVIDENCIA

en el VI Centenario de la Canonización de
Santo Tomás de Aquino.

A los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y otros
Ordinarios de lugares, en paz y comunión
con la Sede Apostólica.

Venerables Hermanos: Salud y Bendición Apostólica
(Continuación).

Así, estimulado de la caridad, no cesaba de servir con todas sus fuerzas al provecho de los demás, ya escribiendo libros, ya ayudando en el trabajo a los hermanos, ora despojándose de sus vestiduras para socorrer a los pobres, ora restituyendo a los enfermos

la salud, como cuando en la Basílica Vaticana, adonde predicaba las fiestas pascuales, curó repentinamente de inveterado flujo de sangre a una mujer que había tocado el borde de su vestidura.

Este «sermo sapientino», palabra de sabiduría, que dice San Pablo, ¿en qué otro Doctor resplandece más claro que en el Angélico? Que enseñando, no se contenta con ilustrar las inteligencias de los hombres, más también celosísimamente impele las voluntades a redamar correspondiendo al amor de Dios, Hacedor de todo. «El amor de Dios es quien infunde y crea la bondad en las cosas», dice bellísimamente (9); y no deja de explicar esta difusión de la bondad divina, cuando trata uno por uno los misterios. «A la razón del sumo bien pertenece comunicarse de modo sumo; lo cual hace Dios máximamente por la Encarnación» (10). Pero nada muestra tan claramente su ingenio y su caridad como el Oficio por él compuesto del Sacramento augusto. Cómo le amara toda su vida bien lo declaró su voz de moribundo al recibir el Santo Viático. «Te recibo, precio de la redención de mi alma, por cuyo amor estudié, vigilé, trabajé».

Ciencia del Sabio

Indicadas someramente las grandes virtudes de Santo Tomás, ya no es difícil entender la prestancia de su doctrina, cuya autoridad maravilla cuánto vale en la Iglesia. Como a una voz le alabaron siempre Nuestros predecesores. No dudó en escribirle a él mismo Alejandro IV: «Al amado hijo Tomás de Aquino, varón conspicuo por su noble estirpe y por la honestidad de sus costumbres, que ha adquirido el tesoro de las ciencias literarias por la gracia de Dios».

Después de su muerte no sólo sus virtudes sino también su doctrina pareció consagrar Juan XXII

(9) I q. XX, a. 2.

(10) III, q. I, a. i 1.

cuando, hablando a los Padres Cardenales en Consistorio, dijo esta sentencia memorable: «Mas ilustró él a la Iglesia que todos los otros Doctores; en sus libros, más aprende un hombre en un año, que en la doctrina de los otros todo el tiempo de su vida».

Floreciendo la fama de su inteligencia y de su saber sobrehumano, Pío V le incluyó en el catálogo de los Doctores con el título de Angélico. Fuera de esto, ¿qué puede probar mejor la opinión altísima de la Iglesia acerca de este Doctor, que el hecho de colocar los Padres del Concilio de Trento sobre el altar sólo dos libros, para poder consultarlos en sus deliberaciones, la Sagrada Escritura y la Suma Teológica? Más para no citar todos los documentos de la Sede Apostólica, innumerables en este punto, baste el feliz recuerdo de cómo por la autoridad e impulso de León XIII reffloreció la doctrina del Aquinatense; lo que honra tanto a nuestro ilustre predecesor que si, como en otro lugar tenemos dicho, no hubiese acabado sapientísimamente muchas gloriosas empresas, sólo este mérito bastara para perpetuar la gloria de León. Cuyas huellas siguió el Pontífice de santa memoria Pío X, principalmente en el «Motu proprio» *Doctoris Angelici*, en que constan aquellas palabras memorables: «Después de la muerte dichosa del Santo Doctor no ha habido en la Iglesia Concilio alguno en que él no interviniera con las luces de su doctrina». Más recientemente Benedicto XV, Nuestro amadísimo predecesor, no una sola vez confesó lo mismo: de quien es la gloria de haber promulgado el Código del derecho canónico donde se consagran «el método, la doctrina y los principios del Doctor Angélico» (11), Nos de tal manera aprobamos estos loores tributados a aquel divinísimo ingenio, que creemos que Santo Tomás, ha de llamarse no sólo Doctor Angélico, sino también

(11) Cfr. Can. 1366, §. 2.

Doctor *Comun* o universal de la Iglesia; cuya doctrina como en muchos monumentos de todo género literario se atestigua, la Iglesia hizo suya. Mas porque sería interminable repetir aquí las razones que explicaron sobre esto Nuestros predecesores, Nos sólo demostraremos que Santo Tomás escribió animado de aquel sobrenatural espíritu de que vivía, y que sus escritos, en que se enseñan los principios y leyes de todas las disciplinas superiores, son de índole universal.

Pues cuando, enseñando o escribiendo, trata lo divino, ofrece a los teólogos clarísimo ejemplo de aquella íntima y necesaria correlación que debe haber entre los afectos del alma y los estudios.

Porque así como no se dice que conozca bien una región lejana quien sólo conozca de ella una descripción por minuciosa que fuere, sino quien en ella vivió algún tiempo; así nadie adquiere por sólo la investigación científica conocimiento íntimo de Dios, si además no vive con Dios unido íntimamente. A esto mira toda la teología de Santo Tomás: a llevarnos a vivir en Dios íntimamente. Como niño no cesaba de preguntar en Monte Casino: *¿Que es Dios?* así todos los libros por él compuestos acerca de la creación del mundo, acerca del hombre, de las leyes, de las virtudes, de los Sacramentos, todos en suma versan en Dios, autor de la salud sempiterna.

Discurriendo sobre las causas de la esterilidad de estos estudios, que son la curiosidad, esto es el ansia de saber inmoderada, o la tardanza del ingenio, o la falta de atención y perseverancia, ningún otro remedio quiere sino aquella pronta y diligentísima voluntad para el trabajo, que en el fervor de la piedad se avigora y parece brotada de la vida del espíritu. Los estudios sagrados se dirigen con tres luces, la recta razón, la fe infusa y los dones del Espíritu Santo, con que tanto se perfecciona la inteligencia: nadie abundó en estas luces más que el nuestro; quien después

que ponía todas sus fuerzas en cualquier ardua cuestión, imploraba al Señor la solución de las dificultades con ayunos y preces humildísimas. Dios solía oír tan benigno la oración, que para instruirle le envió alguna vez a los príncipes de los apóstoles. Por lo cual no es maravilla si, cuando el fin de su vida se acercaba, a tal grado de contemplación había subido, que todos sus escritos les estimaba como pajas y decía no poder dictar ya nada; así lo absorbía la esperanza en lo eterno que nada deseaba sino ver a Dios. Tales son, como el mismo Santo Tomas enseña, los frutos que han de lograrse en los estudios sagrados: grande amor de Dios y grande anhelo de las cosas eternas.

Variedad de Ciencias

Pero mientras enseña con su ejemplo cómo hemos de proceder en esta variedad de estudios, da preceptos solidísimos para cada una de las disciplinas. ¿Quién, en primer lugar, explicó mejor la naturaleza y razón de la filosofía, sus partes y su importancia? He aquí con qué claridad demuestra la conveniencia y acuerdo de estas partes entre sí, de que se hace como un cuerpo todo esta ciencia. «Propio es del sabio—dice—ordenar. Porque la sabiduría es principalmente perfección de la razón, de la que es propio conocer el orden; que aunque las facultades sensitivas conozcan algunas cosas absolutamente, pero el orden de una cosa con otra sólo puede conocerlo el entendimiento o la razón.

Mas según los diversos órdenes que la razón propiamente conoce, son diversas las ciencias. El orden que la misma razón hace conociendo en su propio acto, pertenece a la filosofía racional («Lógica»), que considera el orden de las partes de la oración entre sí y el orden entre los principios y las conclusiones. A la filosofía natural («Física») incumbe considerar el orden de las cosas que la razón humana no hace;

de manera que en la filosofía natural comprendemos también la «Metafísica». El orden de las acciones voluntarias pertenece a la filosofía moral, que se divide en tres partes. La primera trata de las operaciones del individuo con relación al fin: se llama «Monástica»; la segunda estudia las operaciones de la comunidad doméstica; se llama «Economía»; la tercera se dirige a las operaciones de la comunidad civil: se llama «Política» (12).

Todas estas partes de la filosofía explica S. Tomás sabiamente cada una a su modo propio, mas de tal forma, que comenzando en lo que es más íntimo a la razón humana, progresando gradualmente a lo más remoto, arriba, en fin, «al vértice supremo de todas las cosas» (13).

Poder de la razón

En cuanto al poder de la mente humana, santo es lo que enseña el nuestro. «Nuestro entendimiento naturalmente conoce el ente y cuanto por sí mismo pertenece al ente como tal; en este conocimiento se funda la noticia de los primeros principios» (14). Con lo cual se extirpan radicalmente los errores y opiniones de los modernos, según los cuales el entendimiento no percibe el ente, sino sólo la afección o impresión que produce en el sujeto, errores del «agnosticismo», vehementemente reprobado en la Encíclica «Pascendi».

Los argumentos con que demuestra Santo Tomás que Dios existe y que él solo es el «mismo ente subsistente», son hoy como en la Edad Media los más firmes: con ellos se confirma el dogma de la Iglesia, definido solemnemente en el Concilio Vaticano e interpretado lúcidamente por Pío X en estas palabras: «que pue-

(12) Ethic.: lecc. 1.

(13) C. Gent., II, c. 50 y IV, e. 1.

(14) C. Gent., II, c. 83.

de conocerse ciertamente y demostrarse a Dios, principio y fin de todas las cosas, con la luz natural de la razón por las cosas que fueron hechas, esto es, por las obras visibles de la creación, como se conoce y demuestra la causa por el efecto» (15).

Su doctrina acerca de la ciencia metafísica, aunque frecuentemente impugnada todavía por una crítica acerba e injusta, retiene íntegramente toda su fuerza y esplendor, como el oro, que por ningún ácido se disuelve. Bien decía Nuestro predecesor: «No puede dejarse a Santo Tomás en las cuestiones metafísicas, principalmente, sin grave detrimento» (16).

La razón y la Revelación.

Cierto, es la filosofía entre las ciencias humanas nobilísima; más en el orden establecido por la divina Providencia no descuella entre todas como la primera, ya que en su ámbito no cabe todo el conjunto de las cosas.

En el mismo comienzo de la «Summa contra gentes» y de la «Summa Theológica», otro orden de cosas describe el Santo Doctor, que está sobre la naturaleza; orden superior a la razón, que nunca hubiera sospechado el hombre, si la divina bondad no se lo revelase. Es la región donde domina la fe, cuya ciencia se llama Teología.

La cual es más perfecta en quien mejor conozca los documentos de la fe, y más plena y alta facultad de filosofar poseyere. No hay duda, pues, sino que la Teología fué levantada a la más alta cumbre de la dignidad por el Aquinatense, cuyo conocimiento de las cosas divinas fué inmenso y cuya inteligencia maravillosa fué hecha para filosofar. Así no tanto por su ciencia filosófica cuanto por su ciencia teológica tiene Santo Tomás el principado del Magisterio en nuestras escuelas.

(15) Motu proprio, Sacrorum Antastitum 1 de sept. de 1810.

(16) Encicl. «Pascendi», 8 de sept. de 1907.

Ni hay parte alguna en la Teología donde no ejerciera la increíble fecundidad de su ingenio. Porque primero echó los cimientos propios y genuinos de la Apologética, bien definida de antemano la diferencia entre lo que es de razón y lo que es de fe, cuidadosamente distinguido el orden natural del orden sobrenatural. Así el Sacrosanto Sínodo Vaticano, al definir que para conocer con certeza y seguridad todo lo que naturalmente puede conocerse de la religión, es menester con cierta necesidad la divina revelación; pero que para conocer los misterios, la revelación divina es necesaria absolutamente, los argumentos de que se sirve no son tomados de otra parte sino de Santo Tomás.

El cual quiere que los que defiendan la doctrina cristiana se atengan a este principio: «Asentir a lo que es de fe no es ligereza, aunque esté sobre la razón» (17). Prueba que aunque las cosas de fe sean obscuras y arcanas, pero las razones que mueven al hombre a creer son claras y manifiestas; ciertamente «no creería, si no viese que son creíbles las cosas que han de creerse» (18). Aún añade que tanto dista la fe de merecer ser menospreciada como un impedimento o como un yugo servil impuesto a los hombres, cuanto que, por el contrario, ha de reputarse como el mayor beneficio; pues «la fe es en nosotros como el principio de la vida eterna» (19).

Dogmatica, moral, derecho, economía, política.

La otra parte de la Teología que en la interpretación de los dogmas versa, tiene también en Santo Tomás el más opulento autor; nadie penetró más alto ni expuso más agudamente los misterios augustos, tales

(17) Cont. Gent. I c. 6.

(18) II-II q. I a. 4.

(19) Qq. disp. de Veritate, q. XIV, a. 2.

como los de la vida íntima de Dios, la obscuridad de la predestinación eterna, el gobierno sobrenatural del mundo, la facultad dada a los seres dotados de razón para conseguir su fin, la redención del género humano hecha por Jesucristo y continuada por la Iglesia y por los Sacramentos, Sacramentos e Iglesia que el Angélico Doctor apellida «ciertas reliquias de la divina Encarnación».

El fundó también una sólida doctrina de moral teológica para dirigir todos los actos humanos congruentemente con el fin sobrenatural del hombre. Teólogo perfectísimo a la manera dicha, dá razones ciertas y preceptos para la vida de los individuos y de las sociedades doméstica y civil, en que estriban las ciencias económica y política. De aquí aquellas luminosas enseñanzas de la segunda parte de la Suma Teológica acerca del régimen paterno o doméstico y del régimen legítimo de la ciudad o nación, del derecho natural y del derecho de gentes, de la paz y de la guerra, de la justicia y del dominio, de las leyes y de su observancia, del deber de atender a las necesidades particulares y a la prosperidad pública; todo ello así en el orden natural como en el sobrenatural.

Que si en la vida privada y en la pública y en las relaciones internacionales se guardasen exacta e invioladamente estos preceptos, no sería menester más para conseguir entre los hombres la paz de Cristo en el reino de Cristo que el mundo anhe la vehementemente.

De desear es que las enseñanzas del Aquinatense, en especial las relativas al derecho de gentes y a las leyes moderadoras de las relaciones entre los pueblos, más y más se estudiasen cuando se trate de poner los cimientos a la verdadera «Sociedad de las Naciones», que dicen.

Ascética, Mística, Bíblica.

Ni menos excelsa es su doctrina en lo ascético y en lo místico; reducida toda la disciplina de las costum-

bres a la razón de virtudes y dones, define admirablemente esa razón o disciplina conforme a las diversas clases de hombres; ya de los que quieren vivir según la regla común, ya de los que aspiran a la cristiana perfección y libertad del espíritu, con los dos géneros de vida, activa y contemplativa.

Así quien quisiere conocer a fondo el precepto del amor de Dios en toda su amplitud; cómo crezcan la caridad y sus adjuntos dones del Espíritu Santo; los múltiples estados, de perfección, religioso, de apostolado; su diferencia, su naturaleza, su eficacia, con otras cuestiones semejantes de la teología ascética y de la mística, necesario es que ante todas cosas acuda al Angélico Doctor.

Mas todo cuanto compuso procuró diligentemente asentarle y construirlo sobre las Sagradas Letras. Persuadido de que la Escritura Sagrada en todas y en cada una de sus partes es palabra de Dios, para interpretarla se atiene a las mismas normas que Nuestros Predecesores, León XIII en la Encíclica «Providentissimus Deus», y Benedicto XV en su Encíclica «Spiritus Paráclitus», establecieron. Presupuesto el siguiente principio: «el Autor principal de la Sagrada Escritura es el Espíritu Santo... El hombre fué autor instrumental» (20), sin admitir duda alguna sobre la autoridad histórica de la Biblia, del fundamento, de la significación de las palabras o sentido literal extrae las abundantísimas riquezas del sentido espiritual, cuyo triple género, alegórico, tropológico, anagógico acostumbraba a explicar con agudísima precisión.

El cantor de la Eucaristia, Doctor Eucaristico.

Finalmente, tuvo el nuestro como un don y privilegio singularísimo, que sus enseñanzas se convirtieran en preces y en himnos de la liturgia; fué el poeta y cantor máximo de la Eucaristía.

(20) Quodlib., VII. a. 14 ad 5.

Pues en cualquiera región del orbe en que esté la Iglesia católica, allí usa y usará siempre en sus ritos sagrados estos cánticos de Santo Tomás en que respira el fervor sumo del alma suplicante, siendo a la vez la más perfecta expresión de la doctrina de los Apóstoles acerca del Augusto Sacramento, llamado especialmente «Misterio de la fe». Si esto se mira y se recuerda el encomio del mismo Cristo, que antes mencionamos, a nadie sorprenderá que también se llame al Angélico, Doctor Eucarístico.

Frutos Prácticos.

Colegimos de lo expuesto enseñanzas oportunas para la práctica. Lo primero tomen especialmente nuestros jóvenes por dechado a Santo Tomás, para imitar las grandes virtudes que en él resplandecieron, la humildad principalmente, fundamento de la vida espiritual, y la castidad. Aprendan de este hombre de sumo ingenio y de ciencia suma a huir toda soberbia de ánimo; a implorar con oración humilde abundancia de luces del cielo en sus estudios; aprendan del mismo Maestro, que nada se ha de rechazar con más brío y vigilancia que los halagos de la carne, para no acercarse a contemplar la sabiduría, obscurecidos los ojos de la mente. Lo que él en su vida practicó, como hemos dicho, con su doctrina corrobora: «Abstenerse de los deleites carnales para más libremente entregarse a la contemplación de la verdad, pertenece a la rectitud de la razón» (21).

Así nos lo avisan las Sagradas Letras: «No entrará la sabiduría en alma malévola, ni habitará en cuerpo sujeto a pecados» (22). De modo que si la pureza de Santo Tomás en aquel grave riesgo en que le vimos, hubiera sido vencida, verosímil es que la Iglesia no hubiera tenido a su Angélico Doctor. Con todo ahinco

(21) II-II, q. CLVII, a. 2.

(22) Sag. I, 4.

recomendados, porque vemos como, seducidos de los halagos sensuales, los más de los jóvenes ofenden hartoprecozmente a la santa pureza, y se entregan a los placeres, que propaguéis entre jóvenes, especialmente entre los aspirantes al sacerdocio, la congregación de la *Milicia Angélica*, fundada para conservar y custodiar la castidad al amparo de la tutela del Aquinatenso; los tesoros de gracias con que Benedito XIII y otros predecesores Nuestros la enriquecieron, confirmamos. Concedemos además, para facilitar el ingreso en esta Milicia, que sus congregantes puedan traer, en vez del cíngulo, medalla bendita colgada al cuello engrabada en el anverso la imagen de Santo Tomás con los ángeles ciñéndole la zona, y en el reverso la imagen de Nuestra Señora la Reina del Santísimo Rosario.

Proclamado oficialmente Santo Tomas Patrono de todas las escuelas católicas, él que unió, como hemos dicho, entrambas sabidurías, la adquirida por la razón y la infusa divinamente; él que para resolver las dificultades más arduas ayunaba y oraba; que tuvo en el Crucifijo su libro principal, será dechado que muestre a la juventud eclesiástica cómo haya de ejercitarse en sus superiores estudios rectamente y con grande provecho. Los religiosos miren como espejo la vida de Santo Tomás, que recusó las dignidades que le ofrecieron, aun las mas altas, para poder vivir en el ejercicio de las mas perfecta obediencia y morir en la santidad de su profesión. A todos, en fin, los fieles cristianos es modelo el Angélico Doctor de devoción a la augusta Reina del Cielo, cuya salutación angélica recitaba frecuentemente y cuyo dulce nombre acostumbraba a escribir en sus páginas; del mismo Doctor Eucarístico pueden todos aprender amor al divino Sacramento, especialmente los sacerdotes, como es lógico. «Diariamente celebraba la Santa Misa Santo Tomás si alguna enfermedad no lo estorbaba, y oía la de

su compañero o algún otro; las más veces la ayuda, dice un diligentísimo biógrafo suyo. Ni ¿quién podrá expresar con qué fervor celebraba, con cuánta diligencia se preparaba, con qué rendimiento daba gracias a la divina Majestad?

Santo Tomás y el modernismo.

Además, para evitar los errores, fuente y cabeza de todas las miserias de estos tiempos, hay que ser fieles, hoy más que nunca, a la doctrina del Aquinense. Pues totalmente destruye Santo Tomás los errores modernistas en cualquiera de sus manifestaciones; en la filosofía, defendiendo la virtud y el poder de la razón, y con pruebas firmísimas demostrando la existencia de Dios; en la dogmática, distinguiendo lo sobrenatural de lo natural, e ilustrando las razones del creer y los mismos dogmas; en lo demás de la teología, patentizando que las cosas que se creen por la fe no se fundan en la opinión, sino en la verdad; en hermenéutica, estableciendo la noción genuina de la divina inspiración; en la moral, en la sociología, en el derecho, enseñando los verdaderos principios de la justicia legal o social, conmutativa o distributiva, y explicando las relaciones entre la justicia y la caridad, en la ascética, describiendo la perfección de la vida cristiana e impugnando a los adversarios de las órdenes religiosas contemporáneos suyos. Finalmente, contra aquella absoluta independencia de la razón respecto a Dios, de que hoy vulgarmente se blasona, el nuestro afirma los derechos de la Verdad primera y la autoridad del Supremo Señor sobre nosotros. Sobradamente se explica con esto por qué los modernistas a ningún otro Doctor de la Iglesia temen tanto como a Tomás de Aquino.

¡Id a Tomás!

Pues bien; así como en otro tiempo se dijo a los egipcios en extrema escasez de víveres: *Id a José*, a

que él les proveyese del trigo que necesitaban para alimentarse, así a todos cuantos ahora sienten hambre de la verdad Nos decimos: *Id a Tomás*, a pedirle el alimento de sana doctrina de que él tiene opulencia para la vida sempiterna de las almas.

Fácil a todos y muy a las manos está este alimento, como se atestiguó con juramento cuando se trataba de beatificarlo: «En la clara y lúcida doctrina de este Doctor florecieron innumerables maestros religiosos y seculares... Por el modo breve, claro y fácil... aun los laicos y hasta los poco inteligentes apetecen sus escritos».

Nos ahora queremos que se observen y se guarden invioladamente cuanto decretaron Nuestros predecesores, en especial León XIII (23) y Pío X (24); y lo que Nos mismo mandamos en el año anterior, principalmente por aquellos que ejercen el magisterio de las disciplinas superiores en las escuelas eclesiásticas. Persuádanse éstos que cumplirán sus ministerios satisfactoriamente y realizarán Nuestra esperanza, si, amando al Doctor de Aquino, consultando y revolviendo sus obras con constancia, comunican a sus alumnos este amor en la interpretación de su doctrina, y los hacen aptos para que ellos a su vez lo exciten en otros.

De suerte que entre los amadores de Santo Tomás, como conviene que sean todos los hijos de la Iglesia que estudian las disciplinas superiores, deseamos aquella honesta emulación en justa libertad, con que progresan los estudios; mas no aquella aspereza que nada presta a la verdad y solo vale para disolver los vínculos de la caridad. Sagrado sea para todos lo que en el Código del derecho canónico se prescribe (25); que «los estudios de filosofía racional y de teología, y

(23) Encicl. «Aeterni Patris».

(24) Motu proprio «Doctoris Angelici», 29 de junio de 1914.

(25) Can. 1366, § 2.

los profesores de los alumnos en estas disciplinas, traten estas enseñanzas conforme enteramente a la razón, doctrina y principios del Doctor Angélico y santamente los tengan»; a esta norma procedan todos de manera que puedan llamarle con verdad su maestro.

Pero no exijan unos de otros más de lo que exige de todos la Iglesia, maestra y madre de todos; en esas cuestiones de que suelen disputar en las escuelas en contrarias partes los autores de más renombre, a nadie ha de prohibirse seguir la sentencia que juzge más verosímil.

De los tesoros espirituales

Mas porque a toda la cristiandad interesa celebrar estas fiestas centenarias dignamente, pues honrando a Santo Tomás más que su propio nombre se ensalza la autoridad de la Iglesia docente, es Nuestro deseo que en el año que corre desde el día 18 de julio hasta el fin del año próximo, se celebren en todo el orbe, donde quiera que haya escuelas de jóvenes eclesiásticos, esto es, no solo entre los Hermanos Predicadores cuya Orden, en lenguaje de Benedicto XV, «merece alabanzas no tanto porque nos dió al Doctor Angélico, cuando porque nunca jamás se separó un punto de su doctrina» (26); mas también entre las demás familias de religiosos y en todos los colegios eclesiásticos, academias y escuelas católicas, a quienes fué dado por Patrono Celestial.

(26) Act. Apost. Sedis, a 1816, q. 397.

(Continuará.)

COLLATIONES ECCLESIASTICAE

PRO COLLATIONE DIEI 23 AUGUSTI 1923

Conegunda, nimis scrupulosa puella solebat es in
cofessionibus accusare, quod actus spei et charitatis

in Deum omisisset, nec Deum ipsum super omnia amaret, eo quod matrem suam majori teneritate diligeret, Deo e contra crebis venialibus offensionibus displiceret. Quadam die, quum diuturna tentatione fatigata esset, cessit tandem, rata se tot peccatis jam onustam esse, ut perinde esset unum amplius committere, quum tandem omnia unica confessione remitterentur. Hinc in desperationem versa, saepius quotidie graviter peccat, existimans se resistendi passionem stimulis incapax.

Quaeritur: In quo consistent spes, ejusque opposita vitia?—Qua necessitate requiratur?—An possit dari materiae parvitas in peccatis contra spem?—An sit peccatum contra spem cupere perpetuo in hoc mundo vivere, aut e contrario ex taedio mortem exoptare?—An sit praesumptio committere pluries idem peccatum, quia tam facile pluries quam semel commissum accusatur?—Quaenam sint remedia desperationis?—Quaenam a confessario regulae practicae desuper observandae?—Quid charitas, ejusque objectum materiale et formale?—Quomodo intelligatur praeceptum charitatis?—An teneamur ad agendum semper ex motivo charitatis?—Quandonam urgeat praeceptum charitatis?—Quid ad casum?

Quaestio liturgica

In Missa quid sacerdoti faciendum de aliqua omissione serio dubitanti?—Quid si in calicem hostia decidat?—Quid si hostia vel sanguis in altare vel terram cadant?—Quid si species sacramentales evomantur? Solans 601—609.—

NECROLOGIA

Ha fallecido confortado con los sacramentos espirituales en la parroquia de Talveila el Rvdo. Sr. D. Juan Gómez Maqueda párroco de la misma.

Pertenecía a la Hermandad de Sufragios del Clero.
(R. I. P. A.)

IMP. Y LIB. DE JIMÉNEZ. — BURGO DE OSMA